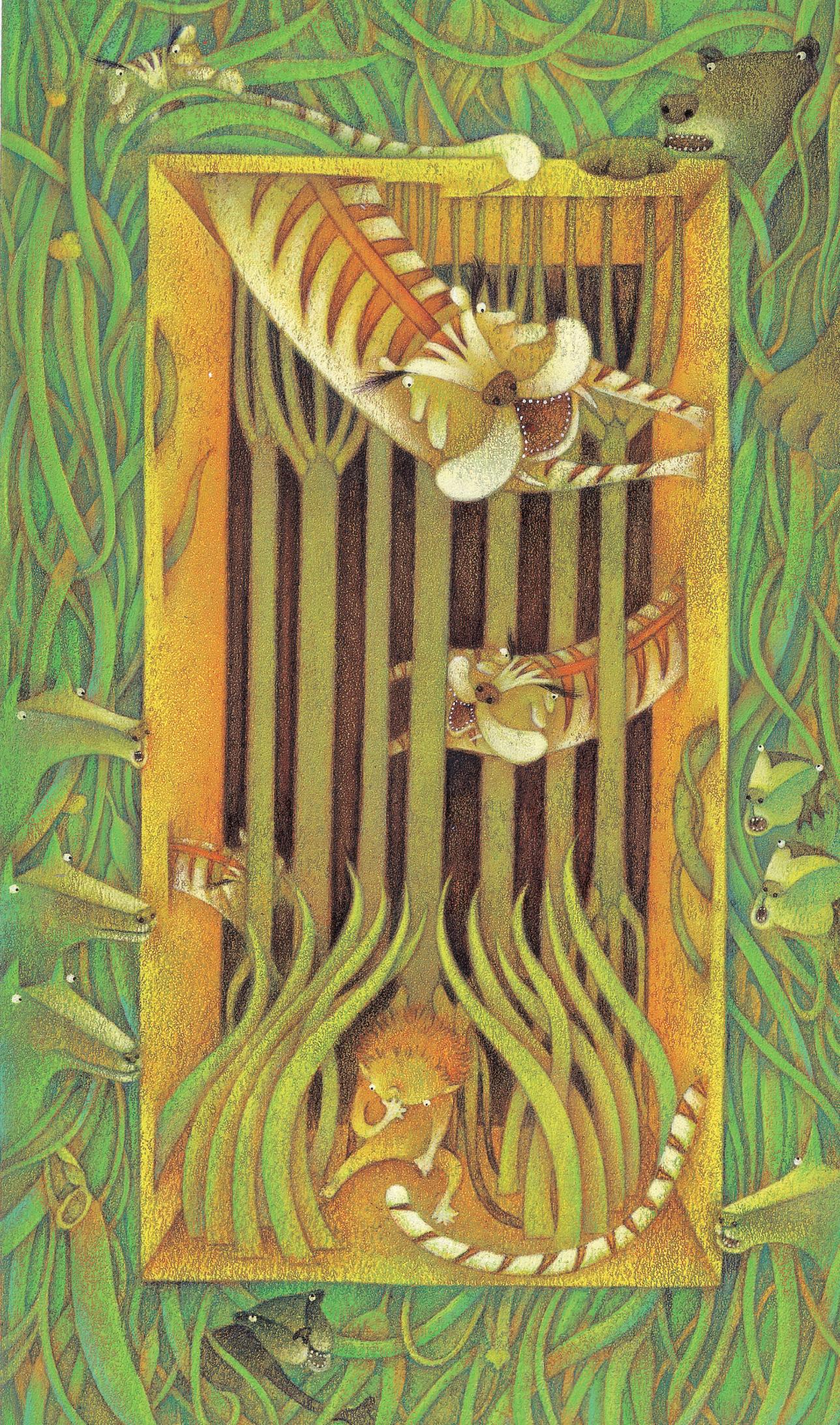


Los hermanos de Mowgli

Rann el Halcón apaga el sol
que Mang el Murciélago mata.
Vacadas hay en el corral,
¡vacación hasta la madrugada!
Es hora ya de dignidad,
zarpazo, silencio y oreja.
¡Muy buena caza a toda la raza
que cumple la ley de la selva!

Canción nocturna en la selva





Eran las siete de una noche muy calurosa en las montañas de Seeonee cuando Papá Lobo despertó tras haber descansado todo el día; se rascó, bostezó y estiró las patas una tras otra para dejar de sentir adormiladas las uñas. Echada, Mamá Loba apoyaba su enorme hocico gris sobre sus cuatro cachorros, inquietos y quejumbrosos, y la luna brillaba en la entrada de la cueva donde todos ellos vivían.

–¡Agrrrr! –dijo Papá Lobo–. Es hora de volver a cazar.

Estaba por echar a correr colina abajo cuando una pequeña sombra de cola peluda cruzó el umbral y gimoteó:

–¡Que la buena fortuna esté contigo, jefe de los lobos! ¡Y que la buena fortuna y dientes blancos y fuertes estén con tus nobles hijos, para que no olviden nunca a los hambrientos de este mundo!

Era el chacal –Tabaqui, el Lameplatos–, al que los lobos de la India desprecian porque se la pasa haciendo maldades, contando chismes y comiendo inmundicias y sobras de piel en los basureros de las aldeas. Pero también le temen, porque, más que nadie en la selva, Tabaqui tiende a enloquecer, y olvida entonces que un día le tuvo miedo a alguien y atraviesa el bosque mordiendo todo lo que le sale al paso. Aun el tigre corre a esconderse cuando el pequeño Tabaqui se vuelve loco, porque la locura es lo peor que



puede ocurrirle a un animal. Nosotros le llamamos hidrofobia, pero ellos le dicen *dewanee* –demencia–, y le huyen.

–Bueno, entra y mira –dijo fríamente Papá Lobo–, pero aquí no hay comida.

–No para un lobo –replicó Tabaqui–; pero para alguien tan humilde como yo, un hueso duro es un festín. ¿Quiénes somos los Gidur-log [chacales] para exigir?

Se deslizó al fondo de la cueva, donde halló un hueso de gamo con un poco de carne, y se sentó para cascar deleitosamente una punta.

–Muchas gracias por la espléndida comida –dijo, lamiéndose los labios–. ¡Ah! ¡Qué bellos son tus nobles hijos! ¡Qué grandes sus ojos! ¡Y qué jóvenes también! Claro que debí recordar que los hijos de reyes son hombres desde que nacen.

Tabaqui sabía tan bien como cualquiera que no hay nada tan inoportuno como alabar a los hijos en su cara. Le complació ver que Mamá y Papá Lobo parecían incómodos.

Permaneció quieto, regocijándose en la diablura que acababa de hacer, y luego dijo maliciosamente:

–Shere Khan, el Grande, ha cambiado de cazadero. Cazará en estas montañas en la próxima luna, según me dijo.

Shere Khan era el tigre que vivía cerca del río Waingunga, a treinta kilómetros de ahí.

–¡No tiene derecho! –estalló Papá Lobo–. La ley de la selva no le da derecho a cambiar sus lares sin previo aviso. Asustará a todos los animales a quince kilómetros a la redonda, y yo... yo tengo que matar por dos en estos tiempos.

–Su madre no le puso Lungri [el Cojo] por nada –dijo tranquilamente Mamá Loba–. Es rengo de nacimiento. Por eso sólo mata vacas. Los vecinos del Waingunga están enojados con él ahora, y ha venido aquí para enfurecer a los nuestros. Recorrerán la selva buscándolo cuando ya esté lejos, y nosotros y nuestros hijos tendremos que huir cuando prendan fuego a los pastos. ¡Cómo no vamos a estar agradecidos con Shere Khan!

–¿Se lo digo? –preguntó Tabaqui.

–¡Fuera! –explotó Papá Lobo–. Vete a cazar con tu amo. Ya hiciste suficiente daño por una noche.

–Me marcho –musitó Tabaqui–. Pero, ¡oigan! Shere Khan ya está en los matorrales. Pude haberme ahorrado el mensaje.

Papá Lobo prestó atención, y en el valle recortado por un riachuelo oyó el gemido seco, enfadado, huraño y monótono del tigre que no ha atrapado nada y no le importa que toda la selva lo sepa.



–¡Ese insensato! –exclamó Papá Lobo–. ¡Iniciar una noche de trabajo con ese ruido! ¿Acaso cree que nuestros gamos son como sus gruesos bueyes del Waingunga?

–¡Shhh! No es buey ni gamo lo que caza esta noche –repuso Mamá Lobo–. Es un hombre.

El gimoteo se había vuelto una especie de zumbido que parecía llegar de todas partes. Era el rumor que azora a los leñadores y gitanos que duermen al aire libre, y que a veces los lanza justo a la boca del tigre.

–¡Un hombre! –prorrumpió Papá Lobo, dejando ver su blanca dentadura–. ¡Agrr! ¿No hay suficientes escarabajos y ranas en los estanques para que él deba devorar un hombre?, ¡y además en nuestro territorio!

La ley de la selva, que nunca ordena nada sin razón, prohíbe a todas las bestias comer carne humana salvo cuando cazan para enseñar a sus hijos a hacerlo, circunstancia en la que deben matar fuera de los cazaderos de su manada o tribu. El verdadero motivo de esto es que quitar la vida a un hombre significa, tarde o temprano, la llegada de hombres blancos sobre elefantes, con armas, y de cientos de hombres morenos con gongs, cohetes y antorchas. Todos en la selva sufren entonces. La razón que las fieras se dan entre sí es que el hombre es el más débil e indefenso de todos los seres vivos, y resulta antideportivo tocarlo. Dicen

también –y es verdad– que comer carne humana da sarna, y hace que se pierdan los dientes.

El zumbido se hizo más fuerte, y terminó en el “¡Aaarh!” a voz en cuello del ataque del tigre.

Shere Khan aulló entonces, en forma impropia de un felino.

–Falló –dijo Mamá Loba–. ¿Qué sucede?

Papá Lobo corrió afuera y oyó que Shere Khan refunfuñaba y farfullaba furiosamente, revolcándose en la maleza.

–Al necio no se le ocurrió otra cosa que arrojar sobre la fogata de un leñador, y se quemó las patas –dijo Papá Lobo con un gruñido–. Tabaqui está con él.

–Algo sube por el monte –dijo a su vez Mamá Loba, levantando una oreja–. Prepárate.

Los arbustos crujieron un tanto en la espesura, y Papá Lobo se agachó, encogiendo las ancas, listo para brincar. De haber mirado, se habría visto entonces la cosa más maravillosa del mundo: un lobo frenado a medio salto. Brincó sin ver sobre qué se arrojaba, y luego intentó detenerse. El resultado fue que salió disparado metro y medio arriba, y aterrizó casi en el mismo sitio.

–¡Un hombre! –estalló–. Un cachorro de hombre. ¡Mira!

Frente a él, colgando de una rama a baja altura, se hallaba un bebé moreno completamente desnudo, que apenas si podía caminar; una cosita tan dulce y risueña como jamás se había presentado de noche en la cueva de un lobo. El nene vio a la cara a Papá Lobo y echó a reír.

–¿Eso es un cachorro de hombre? –preguntó Mamá Loba–. Nunca había visto uno. Tráelo acá.

Un lobo acostumbrado a trasladar a sus crías puede, de ser necesario, llevar un huevo en el hocico sin romperlo; y aunque Papá Lobo tomó al niño entre sus fauces por la espalda, no arañó siquiera su piel con un diente mientras lo acomodaba entre los lobeznos.

–¡Qué pequeño! ¡Qué desnudo, y... qué audaz! –susurró Mamá Loba. El bebé se abrió paso entre las crías para calentarse al abrigo de la madre–. ¡Ay! Toma su comida con los otros. Así que esto es un cachorro de hombre. ¿Un lobo ha podido presumir alguna vez de contar con un cachorro de hombre entre sus hijos?

–He oído decir tal cosa en ocasiones, pero nunca en nuestra manada ni en mi tiempo –contestó Papá Lobo–. No tiene un solo

pelo, y yo podría quitarle la vida con un zarpazo leve. ¡Pero mira! Voltea a mirarnos sin temor.

La luz de la luna dejó de lucir en la entrada de la cueva, pues en ese momento irrumpieron los hombros y la pesada cabeza de Shere Khan. Tabaqui chillaba detrás de él:

–¡Señor, señor, se metió aquí!

–Shere Khan nos honra con su presencia –dijo Papá Lobo, con los ojos inyectados de cólera–. ¿Qué se te ofrece?

–Mi presa. Un cachorro de hombre pasó por acá –respondió Shere Khan–. Sus padres huyeron. Dámelo.

Shere Khan se había lanzado sobre la fogata de un leñador, como Papá Lobo había dicho, y sus quemadas patas le dolían hasta el delirio. Pero Papá Lobo sabía que en la angosta entrada de la cueva no cabía un tigre. Aun donde estaba, Shere Khan necesitaba espacio para sus encogidos hombros y patas delanteras, como lo necesitaría un hombre que tratara de pelear con otro en un barril.

–Los lobos somos libres –replicó Papá Lobo–. Recibimos órdenes del jefe de la manada, no de un matavacas rayado. El cachorro de hombre es nuestro, para matarlo si queremos.

–¿Cómo que “si queremos”? ¿Qué quieres decir con eso? Por el toro que maté, ¿tengo que olisquear tu perrera en busca de lo que en justicia me pertenece? ¡Es Shere Khan el que habla!

El rugido del tigre hizo retumbar la cueva entera. Mamá Loba se desprendió de sus crías y dio un salto, encendidos los ojos como dos lunas verdes en la tiniebla, frente a la mirada llameante de Shere Khan.

–¡Y la que contesta soy yo, Raksha [el Demonio]! El cachorro de hombre es mío, Lungri, ¡sólo mío! No morirá. Vivirá para correr con la manada y cazar con ella. Y un día, óyelo bien, cazador de cachorros indefensos, comerranas, matapeces, ¡él te dará caza a ti! Fuera de aquí ahora, o por el *sambhur* que maté (yo no como vacas flacas), ¡te aseguro que volverás al lado de tu madre, bestia achicharrada, más coja que como llegaste al mundo! ¡Largo!

Papá Lobo miró sorprendido. Casi había olvidado los días en que ganó a Mamá Lobo en feroz pelea con cinco lobos, cuando ella se integró a la manada y no se le llamó Demonio por mero cumplido. Shere Khan podría haberse enfrentado a Papá Lobo, pero no podía ponerse contra Mamá Loba, porque sabía que ella

